

profundidad; bien que él no siempre se detenga a utilizar con reposo el jugo extraído: en suma, una manera de genialidad ingénita. El esquema titulado *Perfil de la Historia Universal* de Wells, coincide singularmente con las líneas presentes de Mr. Frank; si bien en el libro de Wells la metáfora matemática de Mr. Frank—tan acertada y expresiva—padece alguna modificación. Para Wells—*grosso modo*, y también para mí—la historia se desarrolla y eleva porque de esas dos «constantes», una, la potencia creadora y espiritual, no es constante, sino variable, incoativa, aumentativa: lo que constituye la historia, según Wells, es la curva ascendente de esta variante: el gráfico de la otra constante (por ser constante) no hay para qué hacerlo constar, Wells lo desdeña y no menciona las batallas victoriosas de la fuerza bruta, sino las de la fuerza espiritual (pero hay que de continuo luchar heroica-

mente contra esta «constante» o gravitación vanidosa, egoísta y brutal, lo mismo ahora que en la época cavernaria). Nuestro Iñigo de Loyola veía la historia con una simplicidad parecida; a las dos «constantes» las llamaba él «las dos banderas». Y Zaratustra (el viejo, no el tudesco), y Zoroastro, etcétera, etc. Todos propendemos a ver la historia de esta suerte purificada. Y nuestra propensión quizás no es errónea.

Finalmente: nuestros hispano-americanistas tienen no poco que meditar sobre las líneas suscitadas de Mr. Frank.

Concluyo, de nuevo, felicitándome y felicitando al lector de *El Sol* por esta conversación con mi admirado y querido compañero Mr. Frank.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

(*El Sol*, Madrid).

rojo manejado sin fatigar la atención excesivamente, para encontrarnos con ediciones de Emilio Zola estatuidas *ad usum Delphini*.

La «inmoralidad» de los autores posteriores ha llegado a mayor delicia. Y naturalmente, la de autores anteriores. Y no pienso precisamente al decir esto en páginas como las de los libertinos del siglo XVIII. Pienso en los mismos novelistas románticos franceses, en Chateaubriand, en Lamartine. En Lamartine, sí, en el casto Lamartine, de quien impacientaba a Flaubert el no poder precisar del todo cómo había dado el negocio de sus relaciones con Graciela.

Así, en este capítulo, se deja ver en Zola un industrialismo frío, que arruina a menudo nuestras mejores disposiciones a la simpatía. Le encontramos a la vez, en este punto, mal intencionado y candoroso. La resultante nos desplace y enoja. Si existieran aquellas ediciones *ad usum Delphini*, creo que acabaríamos manejándolas nosotros.

3

Una cena de artistas en casa de un literato. A media cena, los convidados se exaltan, discuten, se pelean, no hacen mucho caso del menú que ha preparado la dueña de la casa con enternecedoras precauciones. Para resumir en pocas palabras el ambiente creado en el comedor y el estado de los espíritus, Zola apunta tres o cuatro anotaciones como estas:

«La luz del quinqué brillaba muy alta...» «Las flores de faïence se abrían» (el comedor está adornado con porcelana de Delft)... «Y la mesa se incendió con el desastre del cubierto...»

¿Qué decir sobre esto? ¿Qué decir, sino que el lector de hoy en día, incluso el acostumbrado a los más estridentes atrevimientos metafóricos de la poesía y de la literatura de vanguardia, encuentra aquí un fragmento no indigno de ser puesto a su lado, un ejemplo de aquellas síntesis arbitrarias y febriles en que tanto se complace la sensibilidad moderna?

El lápiz rojo que antes reclamábamos para despojar a Zola de algunos pasajes introducidos en sus novelas por un frío industrialismo, podría tal vez completarse con unas tijeras que separasen, no unas páginas selectas—que unas páginas, ya sería demasiado para esto—, sino algunos fragmentos cortos, correspondientes a los mejores instantes en que se revela la posible calidad del artista. Obtendríamos así un Zola, no precisamente esta vez para uso del Delfín, sino para uso del esteta. Una colección semejante nos reservaría sin duda sorpresas muy delicadas.

EUGENIO D'ORS

(*Hermes*, Bilbao, 1921).

Releyendo a Emile Zola

1

CONVENDRÁ, probablemente, muy pronto, releer a Emile Zola, releerlo con propósito de revisión.—Razones extrañas a cualquier intento de este orden me han devuelto ahora a *L'Oeuvre*, la novela famosa del maestro naturalista. Y he encontrado allí muchas sorpresas y no pocos motivos de admiración.

En primer lugar, me parece admirable la vida agudísima, exacerbada, intensa, que Zola sabe prestar a los objetos inanimados y a sus conjuntos. Como autor de los que llamaríamos «bodegones épicos», tal vez no reconoce rival en toda la historia de la literatura. Generalmente, el color de estas naturalezas muertas redactadas, es poco fino. En cambio, ¡qué potencia sintética, qué energía de abreviación! El naturalismo fué acusado en su tiempo de culpas de un detallismo prosaico. Leyendo a Zola, al revés, nos maravilla muy a menudo la manera como sabe condensar en muy pocas líneas llenas de énfasis, poéticos escenarios, vastísimos lapsos de tiempo relativamente dilatados.

En esta misma cuestión de lo relativo al paso del tiempo, encontramos en él un don, también de naturaleza eminentemente poética. Con una indiferencia verdaderamente formidable, sabe conceder la misma extensión—una página, por ejemplo—, a hechos acontecidos en una hora a un solo sujeto y a otros que han llenado la vida de un grupo numeroso en una larga cadena de años. Diríasele a veces, completamente desprovisto de cualquier angustia de calendario o de reloj,

Parece poseer la mirada de un Matusalén, por no decir la de un Jehová. Pocos en el siglo XIX han tenido cualidades de historiador tan suntuosas. A su lado Macaulay, por ejemplo, produce en este punto una impresión que nos recuerda la de un inválido obligado a trabajar con un brazo únicamente.

Hay, por fin, una cosa en Zola que a veces causa sin duda cierta fatiga, pero que trae inevitablemente al respeto. Quiero decir, *la majestad*. Un parentesco que nunca ha sido bastante subrayado, por ventura, une en la historia de las letras los nombres de Bossuet y de Zola, la prosa del uno con la del otro. Las dos pertenecen a la misma familia retórica... —y sospecho que, precisamente—¡quién lo hubiera dicho!—*ante el tribunal de la retórica* es donde convendrá intentar un día la tarea que ya la justicia reclama, el imparcial proceso de revisión.

2

¡Cuánto se ha insistido en los defectos de Zola! Algunos saltan a los ojos. No valdría la pena de insistir en ellos, si el análisis de alguno no pudiera traernos significativa lección.

Por ejemplo, es psicológicamente muy interesante ver la poca gracia con que el novelista introduce en la narración aquellas escenas que el lenguaje de la crítica y el público llamaba en su tiempo «realistas» por antonomasia... ¡Cómo se adivina que estos pasajes se han añadido por fuerza y con truco, cómo se despegan del texto restante, con qué facilidad llegaríase a eliminarlos! Bastaría con un lápiz